

>

M

E

M

O

R

I

A

S

Y

B

I

O

G

R

A

F

Í

A

S



LOS MUNDOS Y EL PARAÍSO DE FERNANDO AÍNSA

ANTÓN CASTRO
ESCRITOR

El 6 de junio falleció Fernando Aínsa Amigues, socio y colaborador del CELAN e integrante desde 2008 del Consejo Asesor de la *Revista de Andorra*.

Queríamos que hubiera unas palabras a él dedicadas en este número y recordamos con cariño la presentación que Antón Castro, reconocido y prestigioso escritor y periodista, hizo en Andorra del libro *Los que han vuelto* de Fernando Aínsa, en amigable conversación con él. ¡Quién mejor que un escritor para homenajear a otro con el que tanto ha compartido! Se lo propusimos a Antón Castro y él, con su habitual generosidad, no dudó ni un momento en aceptar la encomienda. Vaya nuestra gratitud por ello.

Redacción

Fernando Aínsa (Mallorca, 1937-Zaragoza, 2019) fue un “niño de la guerra” con refugio en Oliete, donde le gustaba tanto la llegada de la nieve como el vuelo de los buitres, y contemplar las arboledas y sentir la plasticidad inefable del cielo. Hijo de exiliado aragonés, cuenta en su biografía con un dato para la leyenda: uno de sus bisabuelos, turo-lense, se enriqueció con el azafrán. Quiso el azar que se educase en Montevideo, en el barrio de Malvín, aunque su vida discurrió luego en distintos lugares, especialmente en París, donde trabajó en la UNESCO durante un cuarto de siglo.

< En 2008 Fernando Aínsa recibió a dos colaboradores del CELAN en su casa de Oliete. Testimonio de aquel primer encuentro son las dos fotografías que acompañan al texto. (Fotos JAP)

Compaginó la creación literaria y el periodismo con la edición. Conoció a medio mundo y leyó con intensidad a los grandes autores latinoamericanos: desde Horacio Quiroga y Juan Carlos Onetti a Julio Cortázar o Jorge Luis Borges. Un día, un escultor español, Yepes, le contó su historia: el relato de un hombre que combate en la Guerra Civil y que sale de España en el barco Winnipeg. Como hicieron tantos otros hacia la amarga senda del destierro. Al final recaló en Chile y durante años vivió reconstruyendo el mito del país que había dejado atrás. A esta historia hay que sumarle otra: la del propio Fernando y la de la relación con su padre. Todo ello cristalizó en una de sus mejores novelas, de las que él más amaba, *Los que han vuelto* (Mira Editores, 2009), que podía leerse a la luz de la biografía del autor, con algunos cambios (y modificaciones de la primera versión de la novela, publicada por Nordan), porque en el fondo este texto contaba la existencia atribulada de dos despatriados: el padre, Ramón Trallero, pintor de mediano talento que debe reinventarse en el exilio, y la del hijo, José Luis, que realizará un viaje, más bien decepcionante, a la España del franquismo, antes de afirmar su vida en el destierro. Fernando Aínsa, que realizó esa travesía, construía así una novela sobre el destino del exiliado, una novela intensa, de varias voces, conmovedora, que aborda la complicada relación entre padres e hijos, la evocación de la madre muerta, la incapacidad de adaptación, e incluso el infortunio. A la derrota ante Franco y sus soldados, se sumaba una nueva derrota, la del golpe de Estado del general Augusto Pinochet. El escritor de *Aprendizajes tardíos* diría que los fascismos se instalaron en Latinoamérica y que entendió que debía irse, y hacia 1973 se trasladaría a París. Por eso su existencia estaba “hecha de mudanzas, viajes, forzado cosmopolitismo, errancias y desarraigo”, como anunció cuando recibió el Premio Imán que concede la Asociación Aragonesa de Escritores, que siempre le cuidó con cariño y reconoció y apoyó su trayectoria.

Fernando Aínsa vivió muchas vidas. Y firmó libros de casi todo: ensayo, narrativa larga y breve, aforismos y poesía, una modalidad a la que se entregó en los últimos años con intensidad y con felicidad. Residió en su país de adopción, al que amaba de veras y al que llegó en 1951, especialmente en Montevideo. “Extranjero en la ciudad en que había nacido, aprendí desde pequeño a mirar el mundo desde los márgenes, esa ‘mirada oblicua’ y ‘descolocada’ que me apasionaría luego en literatura: de Kafka a Onetti, de Dostoievski a Beckett y Cortázar, el ángulo del absurdo y la parodia, ese ‘extranjero’ paradigmático de la obra homónima de Camus”. Agregaría, a modo de nota de recuerdo y formación: “Mi integración en Uruguay fue total y apasionada y me volqué al periodismo, al aprendizaje, práctica y crítica de la literatura uruguaya, vocación inicial de inserción que se ha mantenido en el tiempo, más allá de avatares personales”.

Allí se propuso como tarea, esencialmente, desbrozar la literatura sudamericana, los autores del Boom, pero también la obra de sus hijos y nietos. Uno de sus libros capitales de ensayo, de los que se sentía más orgulloso, es *Los buscadores de la utopía* (1977), que cabe definir como el intento, meticuloso, preñado de agudeza crítica y curiosidad intelectual, sobre la realidad y la literatura latinoamericana; se fijaba especialmente en la obra de su ‘paisano’ Juan Carlos Onetti, un autor al que vinculaba, entre otras figuras, con William Faulkner, Gabriel García Márquez o Juan Benet, el fundador de Región, aunque también debió influir en Gonzalo Torrente y la redacción de su obra maestra *La saga-fuga de JB*. Al autor de *El astillero*, le dedicó ya en 1970 el ensayo *Las trampas de Onetti*. *Los buscadores de la utopía*, que abrió boca para la ambiciosa monografía *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986), y fue afinando sus percepciones y análisis con *Espacios del imaginario latinoameri-*



cano. *Propuestas de geopoética* (2002), que ensanchó con una de sus mejores monografías: *Del topos al logo. Propuestas de geopoética* (2006), donde, según sus palabras, intentaba explicar “el modo en que nos apropiamos de nuestro entorno (topos) por la palabra (logos) para hacerlo inteligible e intentar entenderlo”. Subrayaba que era una aproximación a la geografía “desde el punto de vista de la creación literaria y sus múltiples variaciones. La literatura se ha ido apropiando de todos los espacios”. Contaba algo muy bello, que le permitió desplegar una espiral de indagaciones: halló en Milán una *Guía de los lugares imaginarios*, de Alberto Manguel y Gianni Guadalupi, que fue toda una revelación para él y que le ayudó en la escritura de algunos de los libros de este intelectual a caballo de dos mundos. Fernando Aínsa, que tenía una gran capacidad de asimilación, recordaba que se había cruzado con la que sería su mujer, Mónica, en París hacia 1974. Apenas se separarían.

En 1999, tras haber trabajado mucho y haber conquistado el reconocimiento como ensayista y como profesor más que accidental, quizá más entonces que como creador de ficciones, volvió los ojos hacia Aragón, y se instaló en Zaragoza y Oliete, que sería su refugio, su paraíso y el lugar donde coincidió con amigos tan entrañables y cercanos como las pintoras Nati y Mari Ángeles Cañada, y su padre Alejandro Cañada, maestro de pintores.

En Zaragoza, resucitó otro autor, por decirlo de algún modo. Halló nuevas amistades, fue reconocido inicialmente en los círculos universitarios —a través de los profesores Rosa Pellicer y Leonardo Romero—, y acabaría publicando un nuevo libro de ensayo en Pressas Universitarias de Zaragoza: *Narrativa hispanoamericana del siglo XX: del espacio vivido al espacio del texto* (2003). Colaboró muy activamente en *Heraldo de Aragón*, gracias a dos de sus nuevos amigos, Ricardo Vázquez-Prada y Juan Domínguez Lasierra, y su obra y su humanidad calarían muy hondo en el círculo de la Asociación de Aragonesa de Escritores, pero también de editoriales como Olifante y Pregunta, donde publicó varios libros.

Ingresó en el círculo de poetas (Manuel Forega, Miguel Ángel Yusta, Fernando Sarría, Luisa Miñana, José Verón Gormaz, Ángel Guinda, Reyes Guillén o José Antonio Conde, entre otros), vinculado a la editora Trinidad Ruiz-Marcellán, y no era raro verlo en las ferias del libro que se realizaban en Aragón: en la de Zaragoza, Huesca y Monzón, pero también en la de Tarazona, y en el Día del Libro, etc. Y a la vez, tanto en su vasta biblioteca

de Zaragoza como en su refugio turolense, Fernando Aínsa descubrió o redescubrió al poeta que llevaba dentro, que le llevó a publicar varios libros de poesía en los últimos tiempos: empezó con *Aprendizajes tardíos* (Renacimiento, 2007), siguió con *Poder del buitre sobre sus lentas alas* (Olifante, 2012), quizá su obra maestra, que lo emparenta con Francisco Ferrer Lerín, *Conspiraciones del silencio* (Olifante, 2016) y *Reflejos en el tiempo. Nuevos espejos de feria* (Vitruvio, 2016), corpus lírico que recogerá en enero de 2018 en *Resistencia del aire* (Renacimiento), un libro de libros del que se sentía muy satisfecho. Al fin y al cabo, Fernando ya por entonces era un superviviente: había luchado con una grave enfermedad y había remontado cuando todo parecía perdido y aún llegó a hacerse con el citado Premio Imán en 2013, que le llenó de satisfacción y de orgullo por varias razones: había sido un gran lector de Ramón José Sender y se sabía respetado y querido en Aragón. El reconocimiento aún pudo haber sido mayor: fue candidato al Premio de las Letras Aragonesas que obtuvo su compañero y amigo José Luis Corral.

¿Cómo es la lírica de Fernando Aínsa? Es variada, narrativa y lírica a la vez, épica y simbólica, sobre todo si pensamos en *Poder del buitre sobre sus lentas alas*, que constituye, por otra parte, una declaración de amor al reino animal y a su arcadia turolense. En su lírica hay un poco de todo: memoria de los tiempos idos, viajes, pasiones, los pequeños gestos de cada día, la cercanía de la muerte, la conciencia del dolor. Suele utilizar el verso libre y envolvente, el juego de palabras, en ocasiones, y no se excluye ni la ráfaga culturalista ni el sesgo autobiográfico. Manuel Martínez Forega, poeta, traductor y editor, fue uno de sus compañeros más entrañables, y dejó este retrato tan sutil y preciso de él, de su personalidad y de su lírica: “Como en sus cuentos, como en sus trasuntos novelescos, brota ahora su poesía a la par que su memoria y su mitología doméstica: el padre melómano, la bufanda roja de Mallorca, la humedad sofocante del Río de la Plata, el barrio Malvín en Montevideo, su América entera con los amigos dentro, el güisqui de mamá, un jersey negro de cuello alto, Ginebra, la India, Zaragoza... Fernando Aínsa transitaba encabalgando recuerdos sin abandonar nunca su eutopos turolense, ni más ni menos que su gran metáfora poética semejante a la fértil donación natural que envolvía su ser y con el que nos embargaba de buen amor cogido del brazo de Mónica”.

A ella, a su amor y compañera, entre otros textos le dedicó este poema conmovedor, tan familiar, la vida hecha de misterio, cotidianidad y cercanía:

CUANDO LA OIGO HABLAR...

[A Mónica]

Cuando la oigo hablar con los perros me conforto:
sé que sigue ahí
—en la cocina, el porche o el jardín,
no importa dónde—
su presencia me asegura de muchas cosas,
imponderables que mantienen la tela de araña donde me balanceo
sobre el vacío que me rodea.
Una tela que tejí con sutil sabiduría
en treinta y cuatro años de vida compartida.

Los llama,
dialoga con ellos,

porque de sus miradas obtiene la respuesta que yo,
avaro, por no decir egoísta,
eludo darle, cuando debería susurrarle:
“Todavía te quiero”.

Quizá uno de sus mejores libros, por la cantidad de aportaciones tan interesantes en poco más de un centenar de páginas, sea *Desde el otro lado. Prosas concisas* (Pregunta), donde demostraba y confirmaba su personalidad, su versatilidad y su virtuosismo narrativo. En él había un poco de todo: cuentos de formato medio, microrrelatos y aforismos. Y el autor brilla: es chispeante, ingenioso, tiene gran sentido del humor y del compendio, posee mirada y originalidad, cargadas de matices: lirismo, provocación, ironía y centelleo de intuición y sabiduría. Por ejemplo, allí se recogen estos breves textos:

SENSACIÓN

Siento últimamente que la muerte se empeña en sacarme los calcetines.

*

Siempre fue un aficionado al cine y socio fundador del Cine Club de su ciudad. Cuando perdió la memoria recuperó la ilusión: veía todas las películas como si fueran estrenos.

*

Sigo asombrándome de que Octavio Paz pudiera haber dicho: “Déjenme solo, que soy muchos”.

*

Leído en una lápida de un cementerio francés: “¿Por qué buscáis entre los muertos a uno que es inmortal?”.

183

182

Un par de años antes de su adiós, publicó en Pregunta *Residencia y tránsito de las letras en Aragón* (2017), que es un libro de lecturas, de glosas, de testimonios de afecto y de amistad. Íñigo Linaje escribió de él en *Heraldo de Aragón*: “El libro atiende en primer lugar a autores de origen aragonés y, en su segunda parte, a aquellos nacidos al otro lado del Atlántico. En la primera sección destacan las valoraciones que hace de la obra de David Mayor, Francisco Uriz o Luisa Miñana entre otros, además de un homenaje a Ramón J. Sender. Más extensa y sustanciosa, la segunda contiene retratos de José Donoso e Ida Vitale, así como textos que corresponden a presentaciones de amigos sudamericanos de paso por Zaragoza. Hay que decir que en todos ellos encontramos la misma voz lúcida y serena de Fernando Aínsa, el mismo afán didáctico y revelador, igual rotundidad en juicios y digresiones. Y a la precisión extrema de sus análisis, hay que añadir una virtud más: su asombrosa habilidad para sacar jugo a algunas propuestas literariamente poco brillantes”. La cita es extensa, pero define muy bien al lector, al hombre sensible, al crítico y al enamorado incansable de la literatura que fue Fernando Aínsa, que sostenía que “todo escritor aspira a ser un pequeño dios que crea mundos”.

Seguro que los buitres mientras planean por el cristal del aire de Oliete miran abajo y lo buscan. Echan de menos no solo su trajinar en las eras y entre los árboles, sino sus versos. Un buitre melancólico vuela “sostenido por la propia resistencia del aire / que su batir de alas provoca”.